

PINOCHO

MUNICIPAL

MADRID

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 109

40 Cents.

20 MARZO
1927



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO

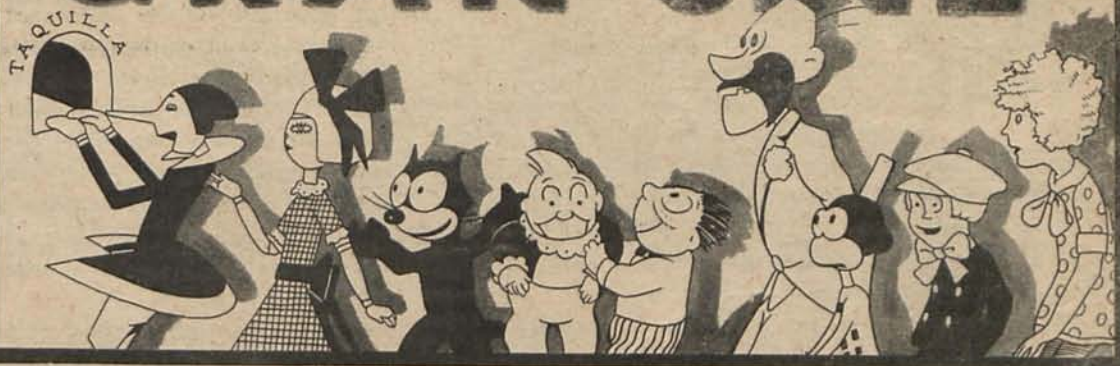


**PROGRAMA
PARA HOY**

**EL
LOBO
AZUL**

Sensacional

GRAN CINE



(Conclusión.)

—¡Cómo! ¿El Lobo Azul?—exclamaron los tres al unísono con la boca abierta de asombro.

—¡El mismo! El mayor pillo que se ha conocido jamás por estos contornos.

Darkie dirigió a sus compañeros una mirada que era más de disgusto que de enfado y exclamó, sacudiendo su cabellera lanuda.

—¡Nunca lo hubiera creído! ¿Os figuráis, entonces, que el Lobo Azul era un animal? ¡Vergüenza os había de dar! Dick, ¿has creído tú, realmente, que se trataba de una fiera?

—¡Cállate, negro astuto!—exclamó Dick indignado.— ¡Y tú lo creíste también! ¡Es más, fuiste el primero en decirlo!

—¡Ah, sí! ¿De verdad?—preguntó Darkie fingiéndose inocente—. No me acuerdo; pásame la sal y cállate, pues las discusiones a la hora de comer me quitan el apetito—. E hizo un guiño al policía.

Actuación rápida



GRACIAS a la fuerte constitución que tenían los tres intrépidos compañeros, hallábanse como nuevos después de doce horas de profundo sueño. Dan era el único que aún conservaba algún rastro de la terrible aventura del río.

—Aunque parezca un poco mal el decirlo, me alegro mucho que no hayan ustedes conseguido capturar al Lobo Azul —dijo Ted Lucas a la mañana siguiente—; pues me he empeñado en capturarlo yo, porque si lo consigo me ascenderán, al mismo tiempo que con la recompensa ofrecida podré comprar una casita para la muchacha más bonita del mundo, que me está esperando en Quebec y que me ha prometido darme su mano en cuanto ascienda.

—¡Pues siendo así, le dejaremos para usted el Lobo Azul, deseándole mucha suerte!—repuso Dick.

—¡Ah, no, de ninguna manera!—intervino Darkie enfáticamente—. Nosotros perseguiremos también al Lobo Azul, porque yo tengo un asunto personal que tratar con ese señor, y después que yo termine con él, puede usted tomar lo que haya quedado de su persona y llevarse todo el honor y la gloria de su captura.

Y como Darkie ya tuviera trazado su plan sobre este asunto, Dick y Dan comprendieron que era inútil tratar de disuadirlo.

—Pues bien, me alegraré mucho que vayan ustedes conmigo; pero no quiero llevarme la gloria yo sólo... es decir, suponiendo que capturemos al bandido.

Desde la noche de la ventisca no había vuelto a caer más nieve y, con-

fiando en esto, pensaba el policía que les sería fácil seguir la pista del Lobo Azul, a partir del lugar donde los tres camaradas lo habían encontrado el día antes.

Dirigiéronse, pues, a aquel sitio y, efectivamente, allí estaban todavía visibles en la nieve las huellas del bandido.

—Sospecho que el Lobo Azul y su cuadrilla de bandidos andan escondidos por estas cercanías. De todos modos seguiremos esta pista yendo bien prevenidos para cualquier repentina sorpresa.

Durante más de una hora los tres compañeros y el policía continuaron andando sin apartarse de las huellas del bandido. Estas atravesaban valles cubiertos de nieve; subían por altos cerros y pasaban por bosques y sendas.

A las tres de la tarde púsose el sol y la oscuridad empezó a descender sobre los restos que iban quedando de la nieve.

Siguió a esto un rápido descenso de la temperatura y tan grande era el frío que el aliento de los viajeros casi se helaba en el aire.

El policía se detuvo junto a un cedro olfateando el ambiente.

—Huele a madera quemada, lo que significa un campamento cerca.

Entonces apretaron el paso y no tardaron en ver delante de ellos el resplandor de una hoguera.

—Quédense ustedes aquí —dijo Lucas—. Voy yo delante a hacer un reconocimiento, pero no se muevan hasta que yo les avise —Y echó a correr en la oscuridad tan silenciosamente como su propia sombra.

Una hora más tarde volvió a reunirse con ellos y dijo:

—En el campamento no quedan más que dos de los de la banda del Lobo. Este y el resto de ellos han marchado a un sitio que se llama Bandon Creek para sorprender a un tal Purcil que es un cazador que lleva consigo un cargamento de pieles y todos sus ahorros; el Lobo Azul va a atrcarlo. De aquí a Bandon Creek hay sesenta kilómetros y yendo a pie no llegaríamos allá hasta mañana. En cambio, si vamos por los rápidos de Cauldron podemos hacerlo en mucho menos

tiempo, pues por ahí se ataja lo menos veinte kilómetros. Allá abajo hay una canoa que pertenece al Lobo y que podemos cogerla; pero les advierto que esta jornada es muy peligrosa y que tienen ustedes que confiarse enteramente a mí.

—No vamos a retroceder por un poco de riesgo —dijo Darkie.

Alejándose de la proximidad del campamento, los cuatro hombres se encamionaron hacia el río; pero como el policía no quería emprender el viaje hasta que saliera la luna, entretuvieron el tiempo en encender un fue-

YA QUEDA POCO TIEMPO

Si quieres entrar en el GRAN SORTEO, apresúrate. Para entrar en el TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A LOS SUSCRITORES (Primer premio: Una magnífica bicicleta; segundo, una estupenda caja de soldados; tercero, veinte duros en dinero, y cuarenta y siete magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de abril de 1927.



go para cocer algunas viandas. Y cuando ya la luna estaba alta en el firmamento arrojando una claridad plateada sobre la región de las nieves, la embarcación se deslizaba a gran velocidad entre los altos ribazos bordeados de chopos que presentaban aspecto fantástico a la luz de la luna.

La canoa siguió navegando durante la noche; los cuatro hombres apenas hablaban.

Dick ofrecióse a llevar los remos, pero Lucas dijo que no quería soltarlos pues ya estaban cerca de los rápidos y les advirtió que se agachasen para ver bien lo que venía delante de ellos.

Poco después vieron la luna reflejar en la espuma de los rápidos; las aguas rugientes y espumosas saltaban por encima de la canoa que se deslizaba como un caballo de carreras.

El policía, sentado en la proa, como petrificado, apretaba convulsivamente el remo.

Los tres compañeros, rígidos, asombrados por la magnificencia salvaje del panorama, apenas se daban cuenta de los terribles peligros que les amenazaban.

La embarcación seguía corriendo, virando al menor movimiento del remo y pasando por entre las rocas negras; sumergiase de vez en cuando entre espumosos remolinos cuyas aguas pulverizadas la salpicaban de proa a popa mojnado los rostros de los cuatro camaradas.

Al llegar a una catarata todos contuvieron el aliento; parecían que la canoa estaba un siglo suspendida en el aire; en seguida se metió otra vez entre la espuma y continuó la ruta.

Hallábanse por fin, en aguas tranquilas y el policía dió un suspiro de satisfacción; tenía el rostro pálido y tenso por el esfuerzo de tan terrible jornada.

—Ahora puede coger el remo uno de ustedes —dijo. Tomólo Darkie y aún continuaron navegando hasta el amanecer que llegaron cerca del estuario; como a una milla de éste desembarcaron y subieron a un cerro cubierto de nieve, desde cuya altura se dominaba todo el paisaje hasta bastante distancia en derredor.

Abajo, en el valle, aparecieron unos puntos negros moviéndose entre la nieve.

—Se me figura que debe de ser Purcil con el trineo y la trailla de perros. —dijo el policía—. Vamos a tener que hacer una escaramuza.

Fueron por los bosques dando un rodeo para que

no los viera el Lobo Azul y su cuadrilla y llegaron a la hondonada del valle lo más aprisa que pudieron.

Al otro lado del cerro, y ocultos en un bosquecito de chopos acechaban el Lobo Azul y sus hombres..., una media docena entre todos.

Al fin apareció en el cerro, destacándose su silueta sobre el firmamento gris, un hombre de alta estatura cubierto de pieles a la cabeza de una gran trailla de perros jadeantes. Hicieron una pausa para descansar, pero en seguida restalló el

látigo como el tiro de una pistola y los perros, haciendo un esfuerzo, emprendieron otra vez la carrera. El trineo iba cargado hasta arriba y los perros lo bajaron corriendo por el cerro.

No bien hubieron llegado al nivel de los chopos, salieron de su escondite el Lobo Azul y sus hombres y encañonaron al cazador de pieles con los rifles.

—¡Manos arriba, Purcil! —gritó el Lobo, y el cazador no atreviéndose a desobedecer la orden, dejó caer el látigo y levantó los brazos por encima de su cabeza. Y mientras sus hombres se encargaban de él, el Lobo Azul cortó las cuerdas del trineo y quitó la lona encerrada que lo cubría.

Pero en lugar de encontrarse con el precioso cargamento de pieles, de debajo de la lona salió la figura corpulenta de un negro. El Lobo retrocedió dando un gruñido de rabia.

—¡Jo, jo, jo! ¿Qué me dices ahora de los mil dólares, viejo? Y acto continuo, así como el jefe de los bandidos había derribado a Darkie de un fuerte golpe, así Darkie le hizo rodar ahora por la nieve de un puñetazo.

Dick, Dan y el policía salieron del trineo detrás de Darkie; y ellos cuatro y el cazador se arrojaron sobre el resto de los bandidos a los cuales hicieron prisioneros en menos de cinco minutos.

Cuando el policía, Darkie, Dan y Dick llegaron a la hondonada del valle dando un enorme rodeo, se ocultaron entre lo más intrincado de un bosquecillo de pinos cerca del sitio por donde necesariamente había de pasar Purcil con el trineo. Una media hora llevarían esperando cuando oyeron al mercader de pieles arrear a la trailla de perros, que con bastante fatiga subían una empinada cuesta.

Con objeto de que Purcil no se asustara y descargara su escopeta, salió el policía de su escondite y avanzando, solo, hacia el trineo, exclamó:

—¡Purcil, nada temas! Somos amigos. Entonces avanzaron los tres camaradas y explicaron al mercader el objeto de su presencia y la estratagema que tenían proyectada. Excusado es decir la alegría del pobre Purcil.

En un instante quedaron ocultos los cuatro entre las mercancías y cubiertos con las lonas.

—No se negará que el truco ha sido hecho con mucha limpieza —observó Darkie.

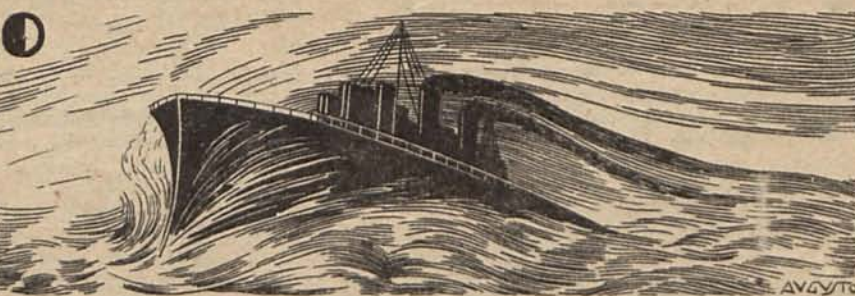
—Lo ha sido de veras, asintió Lucas con los ojos brillantes de alegría. Y ahora, si ustedes me ayudan a llevarlos hasta el fuerte de Garry, les quedaré eternamente reconocido.

Hicieronlo así los tres compañeros y, fieles a su palabra, insistieron en que el policía Lucas se llevara todo el honor y la gloria por la captura del famoso bandido.



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

—¿Queréis disponer vuestra última voluntad?
—Uhm —hizo el capitán Davy con una amarga sonrisa—. ¿Estais tan cierto de no ser muerto?
—Os engañais, *mister*, y tanto es así que ya he cumplido con tal formalidad.

El capitán Davy quedó pensativo; de pronto levantó la cabeza, metió una mano en el pecho y sacó un sobre cerrado.

—Si caigo muerto —dijo, alargándolo a su adversario—, dad orden de que sea entregado a mi hija.

Alberto no se movió.

—Podéis confiar vuestra carta al marinero que os acompañaba en la balsa —repuso—, así moriréis con la seguridad de que vuestro deseo será cumplido.

—¿Me permitiréis hablar con Patrick?

—Todo lo que querais.

—Hacedle, pues, llamar.

—Al momento.

A una señal de Alberto, Mop corrió en busca del joven irlandés y le condujo al puente.

Patrick, a pesar de la gravedad de las circunstancias, no mostraba inquietud alguna.

Vagaba en sus labios una sonrisa casi imperceptible y todo su ser respiraba un aire de satisfacción que ningún esfuerzo bastaba a ocultar. El capitán Davy le cogió por la mano y le apartó a un lado.

—Patrick —le dijo en voz baja—, ¿tú amas a mis Ellen, verdad?

Al bravo marinero se le pusieron rojas hasta las raíces del pelo e inclinó la cabeza con aire visiblemente embarazoso.

El capitán Davy tomó aquello como muestra de asentimiento y su repentino rubor por una tácita pero clara confesión y continuó:

—Escucha, amigo mío:

Hubo un tiempo en que Ellen era rica, estaba sana, y la envidiaban; ahora es pobre, está enferma, es desgraciada y, quizá, dentro de algunos minutos, se verá privada del único verdadero protector que aún le queda.

—¿Quieres tú ser su guía, su apoyo, su ángel tutelar?

Yo te conozco y te estimo; eres tan inteligente como valiente y leal, podrías hacerla feliz en lo sucesivo y hacerla también olvidar las grandes desventuras que se han abatido sobre su tierna cabeza inocente.

—Dime, pues, ¿quieres?..

—¡Oh, mi capitán! —balbució Patrick tembloroso, turbado, inválido de infinita alegría y de un ansia mortal—, ¿y soy digno de ella?..

—Eres digno, Patrick —replicó Davy, y entregando al joven el sobre cerrado, añadió:

—Toma, aquí está contenida mi última voluntad, y tú la cumplirás escrupulosamente.

Recuerda que desde este momento adquiere el valor que se concede a las palabras de los moribundos. Ahora abraza-monos; si muero, no te olvides de tu pobre capitán y, si puedes..., véngale.

Los dos hombres se estrecharon uno contra el otro, y, llevados por un afectuoso impulso, se besaron.

Patrick aprovechó aquel momento para susurrar al oído del capitán Davy estas palabras:

—Tranquilizaos; os aseguro que no moriréis, que no recibiréis la más pequeña lesión.

—¿Qué quieres decir? —preguntó estupefacto el capitán.

—¿No vais a batiros con el comandante Wendover a pistola?

—Sí.

—Pues bien, este duelo resultará un verdadero fuego de artificio...

—¿Cómo puedes tú decir eso?

—Por una razón bien sencilla.

—Explicate pronto.

—Anoche asistí, sin ser visto, a vuestro coloquio con el comandante del crucero; he oído todo, y porque no me parecía que hubiese llegado aún el tiempo de ver huérfana a miss Ellen, me aproveché de una circunstancia que sería muy larga de explicar ahora, para quitar las balas a las dos pistolas.

De lo que resulta que vos no podréis matar a ese canalla de Alberto Wendover, es verdad; pero no lo es menos que tampoco él os podrá matar a vos. Recordad que él se ha obligado a respetar vuestra vida si yerra el tiro. Y yo os digo que lo errará.

Ahora, id, no os hagáis esperar; esta dilación podría ser interpretada como un signo de debilidad.

El capitán Davy, estupefacto por las cosas oídas, separóse del atrevido joven y volvió junto a Alberto, que esperaba sin impaciencia.

—Estoy a vuestra disposición —le dijo.

Alberto inclinó ligeramente la cabeza y le indicó el estuche de sándalo con las dos magníficas pistolas que en él había.

—Elegid una de esas armas —dijo—, y embarcaos en uno de los botes.

Os advierto que las dos embarcaciones están entre sí unidas por una cuerda de veinte pasos de largo, la cual determina la distancia a que nos hemos de colocar. Un tiro de revólver dará la señal.

El capitán Davy no profirió palabra; tomó a la suerte una de las pistolas y luego saltó al bote más próximo.

Alberto hizo otro tanto.

Dentro de las embarcaciones no estaban más que los dos adversarios; tomaron los remos y bogaron juntamente hasta separarse del crucero como un cuarto de cable.

Al fin se pararon, poniéndose en pie, el uno frente al otro, empuñada el arma, derechos, inmóviles, palpitantes de odio.

La cuerda, casi en tensión, medía el espacio que les separaba.

Un silencio absoluto reinó por algunos instantes; todas las miradas estaban fijas en los dos combatientes y un ansia indescriptible se veía pintada en todos los rostros.

Sólo Patrick permanecía impassible, mas no sabemos de cierto el por qué.

De pronto, Mop empuñó su revólver, lo levantó y oprimió el gatillo.

Sonó un disparo; era la señal convenida.

—¡Jaime Davy, a vos! —gritó entonces Alberto.

El capitán alzó lentamente el brazo hasta tenerlo en posición horizontal, apuntó y disparó.

Un grito unánime de consuelo estalló a bordo del crucero.

El comandante estaba salvo: se le veía allá, siempre firme, tranquilo, más terrible que nunca.

A pesar suyo, Patrick sintió que su seguridad vacilaba y que la duda penetraba en su corazón como una dolorosa punzada.

¿Y si las pistolas hubiesen sido examinadas y cargadas de nuevo?

Un escalofrío de angustia recorrió todos sus miembros; miró al capitán Davy y le vio hacer un gesto reprimido al momento y volver un instante la cara hacia occidente.

El joven marinero siguió casi maquinalmente aquella dirección y sofocó una exclamación de estupor.

—Oh —dijo mirando a los hombres del crucero, atentos a seguir con avidez las fases del duelo—, magnífica sorpresa la que se prepara para todos estos pendones de horca. Y ni uno de ellos se da cuenta de nada.

Perfectamente; vamos a ver lo bueno que resulta de...

Un disparo repentino le cortó la palabra.

Volvióse de nuevo al lugar del desafío y ahogó un terrible alarido que fué seguido casi al mismo tiempo de otro

DE LA COLECCIÓN
S A L G A R I

El sacerdote de Phtah. Un tomo.
Los Solitarios del Océano. Un tomo.
El Estrecho de Torres. Un tomo.

CADA TOMO,
1,25 pesetas.

mas debil, pero desgarrador, que parecia salir del interior del crucero.

El capitán Davy habia desaparecido.

—¡Muerto! —rugió el pobre joven, mesándose los cabellos en un arrebató de desesperación—. Muerto... y miss Ellen... le ha visto caer... aquel grito era suyo.

¡Ah, venganza, venganza!

Y loco de dolor, de rabia y de impotencia, gritó, tendiendo el brazo hacia el mar:

—Miserables, mirad: estais perdidos.

A fin de que pueda comprenderse la gravedad de las palabras del marinero Patrick y el desenvolvimiento de los sucesos futuros, es preciso conocer la repercusión que habia tenido la desaparición del crucero *General Belgrano* del puerto de Plymouth en la política internacional.

Como es de suponer, el gobierno inglés habia dado sobre tal golpe de audacia una versión que tendia a disminuir su efecto, hasta el punto de proclamarlo una absurda maniobra de los enemigos del gabinete a la sazón en funciones.

Nadie, o casi nadie, creia posible que golpe tan audaz hubiese sido efectuado por hombres vulgares, en pleno siglo XIX, y en un puerto de primer orden de la vieja y astuta Inglaterra.

Se dijo que era una añagaza; se afirmó que el crucero estaba de viaje con dirección a su destino, tripulado por marineros auténticos, y el gobierno de la República Argentina confirmó la noticia para evitar graves e incalculables complicaciones.

Pero al mismo tiempo eran comunicadas órdenes secretas y severísimas a todas las estaciones oceánicas de la marina inglesa para la busca y captura de la nave robada, juntamente con el mandato de ajusticiar sin proceso a toda su tripulación.

La persecución comenzó encarnizada y sin tregua.

De vez en cuando, mientras se alejaba la esperanza de encontrar al fatal crucero, se le veía de improviso aparecer en el horizonte para desaparecer en seguida, sustrayéndose con rapidez increíble a la importuna mirada de sus enemigos.

Tal hecho, repetido muchas veces, excitó la fantasía de la chusma y comenzó a hablarse de un nuevo «Buque fantasma», cuyo comandante habria hecho algún terrible pacto con el diablo.

La velocidad, a todas luces superior a la de cualquier otro barco de guerra de los hasta entonces existentes, de que estaba dotado *El Crucero sin nombre* reforzaba la sospecha de un pacto infernal, mientras, a medida que el tiempo pasaba y las buscas y tentativas de captura o de lucha resultaban siempre inútiles, ganaba terreno, entre las personas cultas, la idea de que se trataba de una cosa irreal o, mejor aún, de una gran y extraordinaria ilusión óptica debida a un simple espejismo del Océano Pacífico, pues resultaba que el crucero aparecía demasiado frecuente. Pero sucedió que una noticia sensacional vino a conmover la opinión pública en todo el mundo civilizado y a probar, con argumento irrefutable, la existencia de un buque armado que vivía fuera de la legalidad.

El *New York Herald*, en su número del día 13 de febrero de 1885, decia que el barco de cuatro palos *Alabama*, velero de la matrícula de Charleston, viajando a lo largo de la costa de Nueva Guinea, habia recogido unos naufragos, los cuales habian declarado pertenecer al equipo de las dos naves perdidas, *Reina Victoria* y *Miss Ellen*, propiedad del armador inglés Jaime Davy.

A esta declaración habian añadido un relato digno de

ser considerado como invención o, cuando menos, como fruto de una locura colectiva, de no haberlo testificado todos los naufragos por escrito y bajo juramento, después de haber sido comprobado el estado de su razón.

En tal relato, que omitimos por ser ya conocido, se exponia con gran lujo de detalles, describiendo, además, con toda clase de pormenores, el crucero, la escena del hundimiento de los dos veleros y la vida de Robinsón que los tripulantes, desembarcados, habian tenido que hacer en las costas de Nueva Guinea.

El periódico comentaba con mucho calor el grave e inexplicable suceso, afirmando, sin género alguno de duda, que se estaba frente a un resurgimiento del delito anacrónico de la piratería; razonaba sobre la hipótesis de que aquel crucero pudiese ser el *General Belgrano*, cuyo rapto fabuloso habia sido desmentido por las partes más interesadas, y terminaba con una llamada a todas las flotas militares del mundo civilizado a una acción común que librase al comercio marítimo del grave peligro que le amenazaba.

Los lectores recordarán de qué modo habia recibido el capitán Jaime Davy la primera noticia de aquel desastre que tanto le interesaba.

El se habia apresurado a informar del asunto al Lord del Almirantazgo para que proveyese al salvamento de las dos tripulaciones y al castigo de los culpables; pero, dada la inseguridad de los datos que podia proporcionar, habia encontrado en aquella alta esfera de la marina de guerra el fatal excepticismo pródigo en promesas, pero corto en hechos, y que, ordinariamente, a través de las prácticas burocráticas, termina con la incuria y el delictivo olvido.

La narración del *New York Herald* tuvo la ventaja de abrir los ojos del Gobierno inglés, impulsándole a una acción enérgica y resuelta, poniendo en movimiento toda la flota inglesa del Pacífico con el concurso de la escuadra americana.

De este modo *El Crucero sin nombre* se vió perseguido por un conjunto de fuerzas navales capaz de producir confusión en todo un ejército compuesto de los más aguerridos piratas.

Cuáles fueron los primeros resultados de tan rigurosa acción, lo sabemos ya desde el principio de nuestro relato.

La fragata inglesa *Newcastle*, sorprendida por el veloz crucero, habia sido echada a pique tras un breve y encarnizado combate.

Durante el huracán, algunos faros habian sido señalados y con toda probabilidad debia tratarse de buques de guerra.

En fin... ¿qué significaban las palabras proferidas por el marinero Patrick?

VII

EL COMBATE



PENAS habia el joven irlandés proferido, con un tono que parecia profético, sus furibundas palabras, cuando un confuso clamoreo comenzó entre los tripulantes del crucero.

—¡El enemigo, el enemigo! —gritaron algunos, corriendo a lo largo del parapeto de estribor y haciendo señas a Alberto

Wendover para que volviese inmediatamente a bordo.

En efecto, hacia poco que habian aparecido en la inmensa llanura del océano tres puntos negros que parecian salir de entre la obscura cortina de nubes clavadas en el occidente, e iban aumentando visiblemente hasta dibujarse netamente en su forma precisa.

(Continuará en el número próximo.)

Si eres buen amigo de Pinocho, envíale hoy mismo este BOLETÍN DE SUSCRICIÓN



D. que vive en (Población.)
..... se suscribe desde el pró-
(Calle.) (Provincia o Estado.)
ximo número a PINOCHO por (1) { UN AÑO
UN SEMESTRE } cuyo importe de { 20 pts.
UN TRIMESTRE } 10 pts.
5 pts.
remite a la Administración de PINOCHO en (2).
(C. de Valencia, 28. Madrid.)
En a de de 192....
(Población.)
FIRMA:

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.



UNA TROMBA DE POLVO

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Conclusión.)



QUELLA tromba formidable avanzaba y aumentaba de minuto en minuto, semejante al aspecto de una columna moviente, que impulsada por una desconocida fuerza de la naturaleza, se preparase a aplastar en su vertiginosa carrera a hombres y cosas.

Miré al señor Morales y le vi pálido y con el entrecejo fruncido.

—¿Tan terribles son las trombas de polvo, que llegan al punto de preocuparle hasta ese extremo? —le pregunté.

—Mucho peores que las que se forman en el mar —me contestó—. Dentro de poco se persuadirá de ello.

Durante cierto tiempo, el viento calientísimo del Sur fué ganando intensidad, mientras deslumbradores relámpagos surcaban la negra nube; de pronto cesó y una gran calma reinó en la pampa.

Conocíamos ya las calmas de las tormentas del mar, para no hacernos ilusión alguna acerca de aquel repentino silencio de la naturaleza.

Era que los elementos se estaban preparando, antes de darnos la batalla.

—¡Ya está ahí la tormental —exclamó el señor Morale—, Coged vuestros capotes y cubrios como podáis.

El terrible meteoro nos asaltaba con furia indescriptible, primero, en forma de enormes remolinos de polvo, dando vueltas en torno de nuestras berlinas y formando encima de ellas una especie de cúpulas; después, nos embistieron unas ráfagas furiosas, y nos sentimos empujados por una fuerza irresistible, que imprimía a nuestro coche una velocidad superior al galope más desenfrenado.

—¡Esto se llama un buen viento! —dijo Barsal tratando de tomarlo a broma.

—¡Cerrad los ojos y tapaos la boca! —gritaron los gauchos, que se esforzaban en guiar los caballos en medio de aquellos torbellinos de polvo, que impedían que la luz del sol llegase al suelo.

El polvo nos envolvía por todas partes; nos llovía de lo alto y se alzaba del suelo, nos rodeaba con sus remolinos vertiginosos, empujados por el viento del Sur, que soplaba con violencia irresistible y espantosa.

Instintivamente habíamos cerrados los ojos, tapándonos boca y oídos con las mantas que llevábamos en previsión de tener que acampar a la intemperie; pero todo era inútil.

El polvo impalpable se metía por todas partes.

Entreabrí los ojos y miré hacia el suelo de la berlina; estaba cubierto ya de una capa de varios centímetros de polvo y nuestros trajes eran más blancos que los de los harineros.

Los caballos, entretanto, corrían a rienda suelta, saltando, echándose de un lado a otro con violencia tan extremada que era de temer que la berlina volcase. De cuando en cuando las ruedas se hundían en un bache profundo y éramos echados unos contra otros y sacudidos de todas las maneras imaginables.

Oí a Barsal decir en voz baja:

—Parece que nos encontramos en el mar, en plena tempestad.

Entretanto, el viento seguía aumentando. No éramos capaces de mantener las mantas en torno de la cabeza, porque las ráfagas nos las arrancaban de encima.

La obscuridad se había hecho completa. No creo que la noche más oscura, más amenazadora, pueda dar idea de una falta de luz más profunda ni más absoluta. Nos habíamos acurrucado, apretándonos unos contra otros, y tosíamos sin descanso.

¡Qué no habríamos dado por una bocanada de aire fresco y puro! Y en cambio nos sentíamos ahogar y llenar la garganta y los pulmones con aquel polvo impalpable, que corría a través de toda la pampa.

Habían transcurrido unos diez minutos, diez minutos de torturas

imposibles de describir, cuando oímos un choque y después nos sentimos oscilando de derecha a izquierda entre montañas de polvo que, por fortuna, amortiguaron nuestra caída.

La berlina debía haber chocado con algún árbol que la oscuridad no había dejado ver y había volcado, haciéndonos saltar fuera.

Parecióme oír, entre el ruido de la tormenta, los gritos de los gauchos que se alejaban; después, el viento me cogió de través, haciéndome rodar por la pampa cual si fuese un barril.

—¡Barsal! —exclamé.

—¡Señor! —me contestó el marinero.

—¿Dónde nos encontramos?

—Me parece que en el infierno.

—¿Y los demás?

—No sé nada. El viento me ha echado dentro de este hoyo y no he sido capaz de salir de él.

—No te muevas y tápate bien.

—No tengo ninguna gana de dejar este hoyo. Por lo menos aquí el viento nos dejará tranquilos.

—¡Barsal, me ahogo! Tengo la boca y la garganta llenas de polvo.

Sentí que el marinero metía una cosa grande y pesada bajo la manta que me envolvía.

—Mójese la garganta —me dijo—. Le aseguro que es excelente, el mejor que había en el rancho.

Era una de las dos botellas que había tenido la precaución de esconder en el bolsillo. Le rompí el cuello como pude y bebí ávidamente, como un loco, hasta el último sorbo.

Sentí un aturdimiento repentino y un bienestar inexplicable y me abandoné bajo mi manta cerrando los párpados que se habían hecho extremadamente pesados.

Cuando desperté, ya no se oían los rugidos del viento, ni los truenos, ni los gritos de los gauchos.

Parecía que una profunda calma reinase en la pampa. Aparté la manta que estaba cubierta de polvo y saqué la cabeza fuera del hoyo.

Una luna espléndida brillaba en el cielo, las nubes habían desaparecido y soplaba del Norte una fresca brisa.





Me volví y vi el rostro moreno de Barsal. Mi fiel marinero estaba sentado en el borde del hoyo, con las piernas colgantes, y me miraba sonriente.

—¿Era bueno aquel Jerez, verdad? Hace dormir hasta en plena tempestad.

—¿Era Jerez?—exclamé—. ¡Ah, bandido! Me hiciste beber una botella entera.

—Que nos ha permitido dormir plácidamente, a pesar del polvo, de la tromba y de los relámpagos.

—Me había parecido agua.

—Claro, con la sed que teníamos.... Me habría bebido de un sorbo una botella de rom y estoy seguro que me hubiera parecido cerveza.

—¿Y nuestros compañeros?—pregunté.

—Quién sabe dónde se han refugiado. Pero me figuro que no deben estar muy cerca. El viento me ha hecho rodar durante un cuarto de hora, y con la rapidez adquirida, debe haberme hecho recorrer varios kilómetros.

—Hace falta que busquemos a los demás compañeros—dije—. Deben estar preocupados y quizá nos crean muertos.

—La berlina debe verse, si el viento no se la ha llevado.

—Además, debe estar la otra.

—En el momento en que la nuestra volcaba, la otra desaparecía entre las tinieblas. Estoy convencido de que los que iban en ella no se han dado cuenta siquiera de nuestro accidente.

—Pues bien, Barsal; si tienes las piernas en buen estado, marchemos de aquí; nos orientaremos con las estrellas.

Salimos del hoyo y nos pusimos en camino. Toda la yerba de la pampa había desaparecido bajo una capa de polvo de medio metro de espesor en el cual nos hundíamos hasta los muslos, lo cual hacía muy difícil el andar aun muy lentamente en aquel mar de polvo. Polvo que no se parecía ni poco ni mucho al de nuestros campos. Era finísimo, casi aterciopelado, impalpable, y cedía en seguida a la presión de nuestros pies.

Hundiéndonos siempre, en una continua letanía de imprecaciones que salían de labios de mi marinero, andamos unas cuantas horas, orientándonos con las estrellas, hasta que descubrimos una masa oscura que sobresalía entre unos montículos de polvo.

—Debe ser la berlina—dije a Barsal.

—En efecto, así me parece—me contestó—; pero no veo sombra alguna que se parezca a un hombre.

Nos acercamos con alguna precaución y nos encontramos bien pronto con el pobre coche.

Había chocado contra el tronco de un árbol, caído de puro viejo o herido por el rayo, y se había destrozado por completo.

Encontramos varias mantas entre los montículos de polvo, pero sin hallar ninguna huella de nuestros compañeros.

—¿Qué dices, Barsal?

—Que los lobos no se habrán comido los fusiles al propio tiempo que a nuestros compañeros, los cuales iban todos bien armados. ¿Dónde están sus fusiles y sus cartuchos?

—¿Qué deduces de ello?

—Que deben haber encontrado algún refugio o que la segunda berlina los ha recogido. ¡Ah!

—¿Qué te pasa?

—¿No veis allá abajo, entre los arbustos, algo que se parece a un rancho?

Miré en la dirección indicada por el marinero y descubrí, en efecto, a medio kilómetro de distancia una especie de recinto, que era seguramente un pobre rancho habitado por gauchos.

—Vamos hacia allá, Barsal—dije—. Quizá nuestros compañeros se se han refugiado allí.

Nos dirigimos hacia aquel sitio y apenas habíamos llegado a los primeros árboles, oímos una voz que gritaba:

—¡Quién va!

Era el capataz de los gauchos.

Un momento más tarde estábamos entre nuestros compañeros.

Bajo el huracán de polvo habían huido a refugiarse en aquel rancho, que pertenecía a uno de los gauchos del señor Morales.

También la segunda berlina se había detenido allí.

Nos detuvimos hasta ser de día bebiendo una excelente caña y un buen mate, y al clarear salimos para Buenos Aires, unos en la berlina y los demás montados en los caballos suministrados por el gaucho.

Al día siguiente, el señor Morales nos man-

dó a bordo mil trescientos batitus, producto de nuestra cacería. Ya podéis imaginar las comilonas de la tripulación y el trabajo que cayó sobre el cocinero.

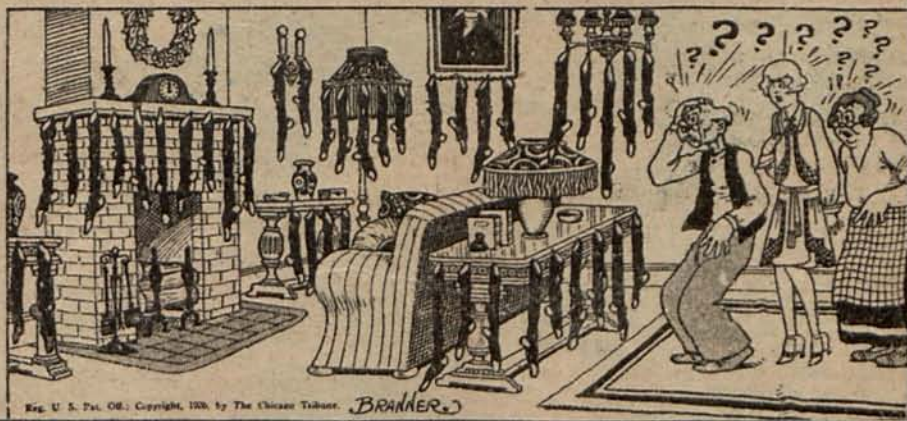
¡Batitus asados, batitus en salsa verde o blanca, batitus al aceite y batitus de todas maneras!

Aquella tromba de polvo había costado bien cara al señor Morales y a los demás ganaderos. Más de dos mil bueyes y cuatro mil carneros habían muertos axfisados, y la pampa estuvo durante tres meses lo menos sin producir hierba alguna.

Afortunadamente, esos desastrosos meteoros son rarísimos. Si fuesen más frecuentes, no había ni un sólo ganadero en aquel territorio.



FIN



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

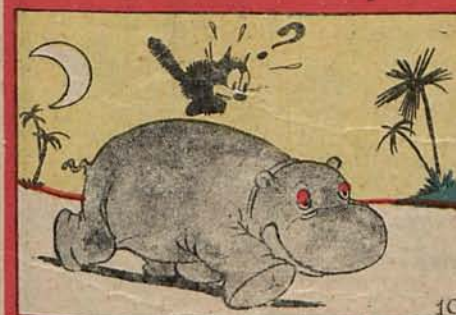


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





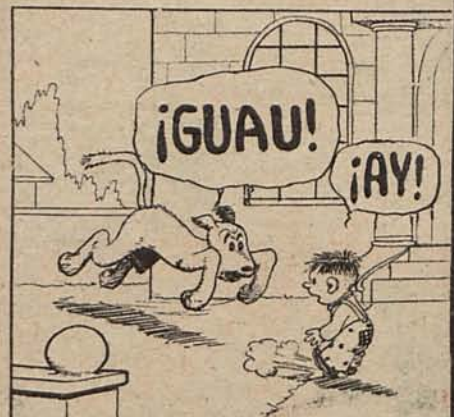
PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



POTIPÁN Y CAÑAMÓN



NIÑOS

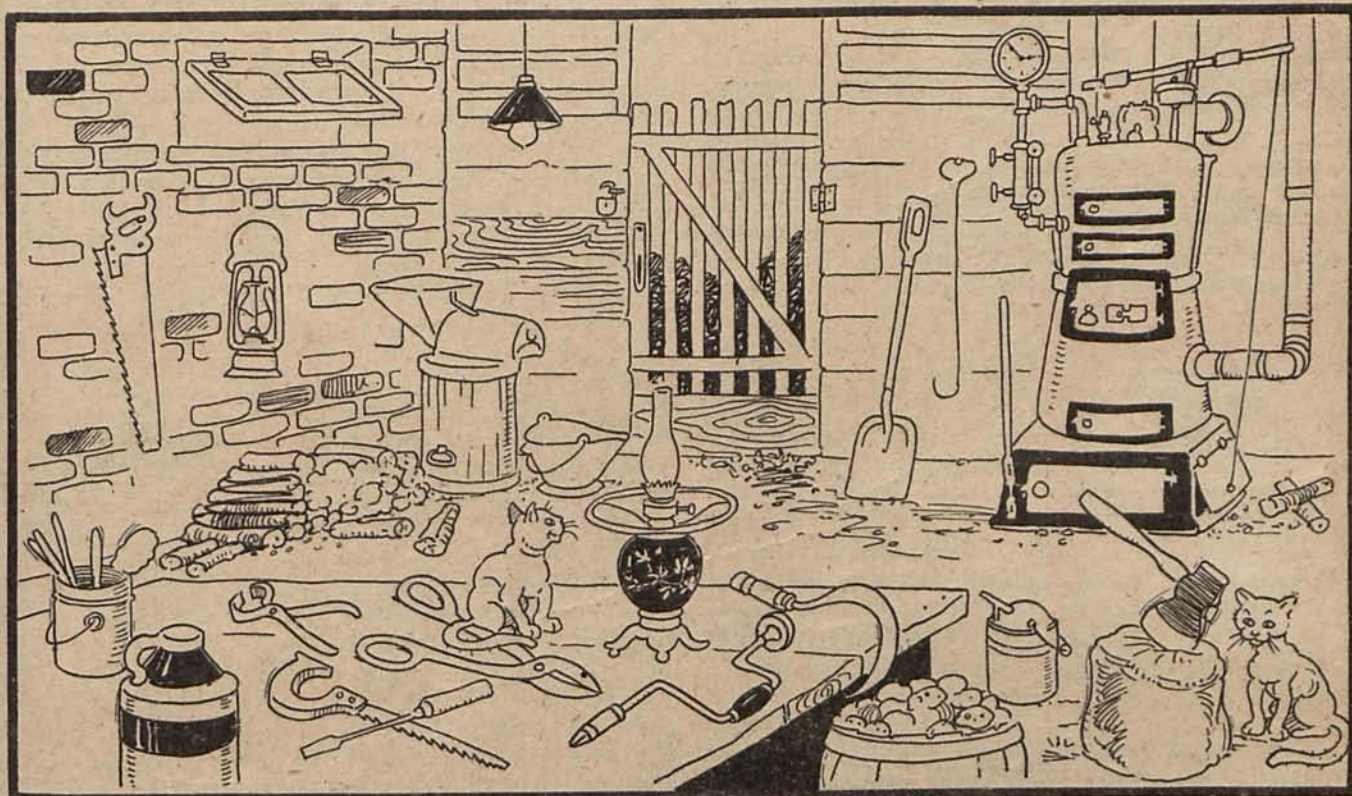
OS INTERESA GUARDAR LAS CAJAS DE CERRILLAS DE QUINCE CÉNTIMOS VACÍAS, PUES EN CANJE DE ELLAS OS DARÁN BILLETES GRATIS CON BUENOS PREMIOS. PEDID PROSPECTO DETALLADO EN CUALQUIER ESTANCO.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE MARZO DE 1927

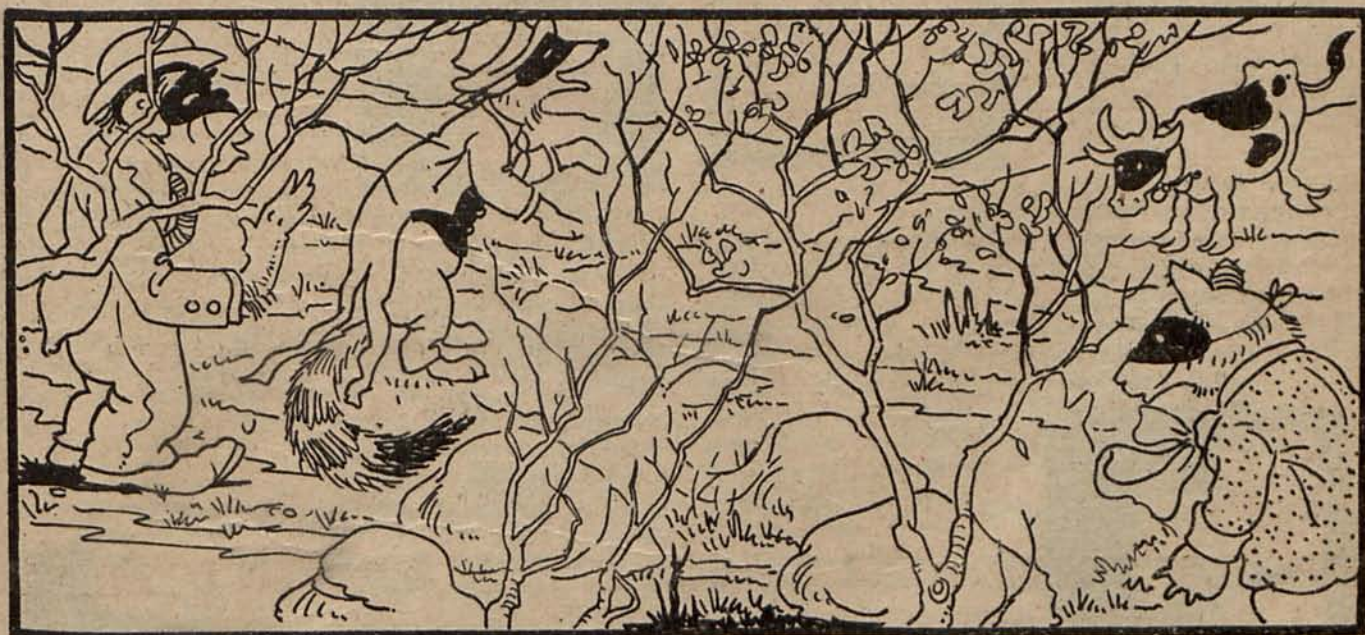
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Hoy nos encontramos en el cuarto de los trastos. Este cuarto es medio leñera medio desván; en él ponemos las cosas que no tienen un constante uso en la casa, y como es muy grande este desván, lo empleamos también para la caldera de la calefacción central. Como veis, las cosas que en él se encierran son muy conocidas. Ahora bien, la que más y la que menos tiene su defectillo, y este defectillo es el que habéis de encontrar. Los errores que hay son once. Uno de ellos, por ejemplo, es que el manómetro, esa especie de relojito, que hay en la caldera de la calefacción, y que sirve para medir la presión del vapor, tiene dos manillas y sólo debe tener una manilla. Os doy como ejemplo este error, pues es algo difícil por la sencilla razón de que no todos sabréis lo que es un manómetro. Los otros diez errores los hallaréis en seguida, pues son sencillísimos.

EL CARNAVAL DE LOS ANIMALES



Un buen día estaban pastando en una pradera tranquilamente una oveja y una cabrita, cuando de repente oyeron una extraña algarabía. Levantaron la cabeza algo asustadas y vieron que corriendo hacia donde ellas se encontraban, avanzaban unos animales vestidos de una manera estrafalaria y cubiertas las caras con antifaces. Excuso deciros que tanto la oveja como la cabra se escondieron más que de prisa. Los animales que llegaban corriendo eran un mono, una zorra, un buey y un lobo, todos con su careta, pues en aquel lugar se celebraba aquel año el Carnaval. ¡Qué susto más enorme se llevaron la oveja y la cabra cuando vieron al lobo! ¿Seríais vosotros capaces de encontrarlos?



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

Pilarín y sus tiestos.—Todas las mañanas Pilarín va a llenar al grifo del

lavabo del cuarto de baño su regadera pintada de azul, y luego, gravemente, riega cierto tiesto en el cual hay un poco de tierra y... y nada más. Toda la familia está intrigada con esta operación. ¿Por qué riega Pilarín tan cuidadosamente y con tanta regularidad un tiesto en el



cual no hay nada? Pero Pilarín se niega a contestar a las preguntas que se le hacen sobre este particular; mueve la cabeza misteriosamente, se pone un dedito sobre los labios y cuchichea: «¡Chss! Es un secreto, es un gran secreto»; y como Pilarín es tan testaruda como discreta, renuncian a seguir interrogándola. Pero hoy Pilarín parece preocupada; varias veces mamá la ha sorprendido in-

móvil ante su tiesto, con los labios apretados y la mirada inquieta; algo le hace sospechar a mamá que el famoso «secreto» no marcha y que el instante es oportuno para la revelación. Mamá no se equivocaba: el instinto de las mamás en cuanto se refiere a los asuntos de sus nenes es infalible. A sus preguntas, Pilarín contesta echándose en sus brazos y llorando, llorando tan copiosamente, que había para llenar con sus lágrimas por lo menos tres regaderas como la suya pintada de azul.

—¡Ay, mamá, mamina!
—solloza Pilarín—. ¡Yo creo que no va a crecer! ¡Me ha engañado!

—¿Quién?
—¡La palmera!
—¿La palmera te ha engañado?
—¡No! ¡Tío Manolo! ¡No crece!

—¿Que tío Manolo no crece?

—¡No, mamá!
—Vamos a ver, explicate, Piluca.

Y Piluca ha explicado toda la historia. Un día vino tío Manolo a almorzar; sí, de eso se acuerda mamá perfectamente. Aquel día, en los postres se sirvieron dátiles; de esto mamá no se acuerda con tanta precisión; pero, en fin, es posible. Pues bien, tío Manolo, que todo lo sabe, explicó a sus sobrinos que los dátiles salen en



las palmeras y que las palmeras salen de los huesos de los dátiles. Entonces Pilarín tuvo una idea maravillosa: guardó un hueso de dátil, lo sembró en un tiesto vacío, se dedicó a regarlo todos los días y esperó; esperó a que saliera una palmera, que ella regalaría a su madre el día de su santo y que luego, en verano, se plantaría en el jardín de la casa de campo para tener en abundancia dátiles

que no costasen nada. Y resulta que al ver que tardaba tanto en salir la palmera, Pilarín se ha impacientado; ha removido la tierra del tiesto y se ha encontrado con que el hueso está igual que el día que lo sembró. De palmera, ni sombra. Al llegar a este punto trágico de su historia, Pilarín redobla sus sollozos.

Mamá no se ríe; mamá no ríe nunca cuando su hijita llora; además, le está profundamente agradecida por su proyecto de regalarle una palmera y de ahorrar a papá el precio de los dátiles que pudieran comerse en la casa.

Pero mamá explica a Pilarín que el tío Manolo no ha engañado a nadie; es cierto que los dátiles crecen en las palmeras y que éstas salen de los huesos de los dátiles; es uno de tantos milagros que hace Dios; pero este milagro, como todos los demás de la Naturaleza, como el de las flores y el del trigo, necesita ciertas condiciones especiales, sobre todo de clima; lo mejor es que Pilarín escriba a Pinocho y le pida la explicación en «¿Qué queréis saber hoy?» de cómo y dónde crecen las palmeras.

Y para que no pierda la costumbre de cuidar el tiesto, mamá compra a Pilarín una planta de pensamientos que colocará en el tiesto; lo regará a diario con su regadera pintada de azul y tendrá, a cambio de sus cuidados, florecillas aterciopeladas.

Tras de esta planta de pensamientos, mamá le ha regalado a Pilar otra de violetas; luego, otra de albahaca; otra de reseda, y ya tiene Pilarín en su ventana un verdadero jardincillo. Ya que tanto se ha aficionado a las flores, para ella y para vosotras, mis queridas lectoritas, que sois menos tontonas que ella, pero no menos simpáticas, he ideado los adjuntos motivos de macetas, que bordaréis de diversas maneras y que constituyen un adorno original y

gracioso. Las flores, completamente fantásticas, que adornan el delantalito número 1, y cuya ampliación aparece en el grabado número 2, pueden bordarse con algodón, a punto de cordón o de cadeneta, sobre una escalera a punto de festón. En la número 3, que adorna la servilleta de té número 4, se combina el algodón mate o perlé con que se adornan las flores con un *soutache* redondo o plano que puede coserse a mano o a máquina para formar el tiesto. La misma combinación se lleva a cabo en el motivo número 7, que adorna el trajecito número 6. Este vestido es de tafetán celeste o rosa, y resultará de mucho vestir gracias al bordado, que se hace en varios matices, formando una gama de tonos muy suaves; los arcos pueden ser de *soutache* de oro.





ALÁ ADDÍN ABUSAMAT

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación)

—¡Hijo mío!—exclamó el comerciante—. Mañana, si Dios quiere, te llevaré conmigo al mercado; pero te advierto, hijo, que el sentarse en los mercados y en las tiendas exige educación y buenas formas en todos los casos.

Pasó la noche Alá Addín muy contento, por las palabras de su padre. Y apenas amaneció, éste lo llevó al baño, lo vistió con un rico traje, y, así que hubieron almorzado y bebido unos refrescos, montó en su mula, hizo montar al chico en otra y, yendo él delante, se dirigieron al mercado. La gente del mercado vio llegar al síndico de los comerciantes, seguido por un mancebo cuya faz era tan resplandeciente como la luna en su decimacuarta noche. Era costumbre que al llegar por la mañana el síndico al mercado e instalarse en su tienda, se acercaba el *nákib* (jefe del mercado) a los comerciantes y recitaba la *Fátiha*, y éstos se levantaban y se iban con él a presencia del síndico, recitaban también la *Fátiha* y le daban los buenos días, retirándose cada cual a su tienda. Instalóse en la suya el síndico y notó que no se acercaban los comerciantes según costumbre; llamó al *nákib* y le preguntó la causa de aquel retraimiento, contestándole este funcionario que era debido al reparo que le causaba la presencia de aquel joven, que no sabían si era su esclavo....

—¡Basta!—interrumpió el síndico—. ¡Es mi hijo!

—¡Jamás hemos visto que tuvieras un hijo!—le replicó el otro.

—Por temor al mal de ojo, lo he criado en un subterráneo, y era mi intención no sacarlo de allí hasta que pudiera egerse la barba con la mano; pero no ha parecido esto bien a su madre y me ha rogado que le pusiera una tienda, que le diera mercaderías y que le enseñara a vender y comprar.

Entonces el *nákib* informó a todos de lo que sucedía y se acercaron a la tienda del síndico y, una vez en su presencia, recitaron la *Fátiha* y se congratularon de saber que el síndico tenía un hijo, diciéndole:

—El Señor conserve el árbol y la rama (al padre y al hijo). Pero el más pobre de entre nosotros, cuando le nace un hijo o una hija, prepara para sus hermanos una fuente de *asida* (1) e invita a sus conocidos y a sus relaciones, y tú no has hecho nada de esto.

—Lleváis razón—contestó—; y para celebrar este acontecimiento nos reuniremos en el jardín.

Al día siguiente envió el síndico cojines y almohadones al salón y al patio, que estaban en el jardín, y ordenó que los amueblaran debidamente; mandó luego todos los utensilios de cocina, corderos, manteca y demás cosas necesarias, e hizo preparar dos mesas: una en el salón, otra en el patio. Cifóse el cinturón Xems Eddín y otro tanto hizo Alá Addín, y aquél dijo a éste:

—¡Hijo mío! Cuando venga un hombre de edad, yo saldré a recibirlo y lo haré sentar en la mesa que está en el alcázar; cuando entre un muchacho imberbe, sales tú a su encuentro y lo conduces a la mesa del patio.

—¿Por qué has hecho esto?—preguntó el hijo—. ¿Qué razón hay para que hayas preparado dos mesas, una para los hombres y otra para los chicos?

—Porque a los chicos—contestó el padre—les da vergüenza comer con los viejos.

Alá Addín encontró aquello muy en su punto. Empezaron a llegar los convidados y Xems Eddín recibía a los hombres y su hijo a los chicos, llevando a cada uno a su sitio. Comieron, bebieron, alegres y contentos; los criados trajeron refrescos y encendieron en los pebeteros los perfumes delicados. La gente madura comenzó a charlar de asuntos de ciencia y de tradiciones. La gente moza, sentados con Alá Addín, en un rincón de la sala, hablaba de otras cosas. Un mancebo preguntó a su amigo:

—Cuéntame, Sidi Hasán, cómo has llegado a reunir el capital con el cual compras y vendes.

—Cuando fui mayor—contestó el interrogado—dije a mi padre: «Dame, oh padre mío, algunas mercaderías.» «No tengo—me dijo—; pero tú procura algún dinero de cualquier comerciante; trafica con él, aprende a comprar, a vender, a dar y tomar.» Me dirigí a un comerciante, que me prestó mil dinares. Compré con ellos telas; emprendí un viaje a Siria, donde gané el doble de su valor; en Siria adquirí otras mercancías y me encaminé a Bagdad, donde las vendí y logré también doblar su valor. Y no cesé de comerciar con este capital hasta que reuní cerca de diez mil dinares.

(1) *Asida*: especie de natillas, con harina, manteca y miel.

Así, cada joven iba hablando a su amigo, hasta que llegó el turno de preguntar a Alá Addín Abusamat.

—¿Y tú, Sidi Alá Addín?

—Yo me he criado—contestó en un sótano, del cual he salido esta misma semana, y no he hecho otra cosa que ir a mi tienda y de allí a mi casa.

—Tú estás acostumbrado—le respondieron entonces—a vivir quieto en casa, y no conoces las delicias de los viajes; los viajes son propios de los hombres.

—Yo—replicó Alá Addín—no tengo necesidad de viajar; por otra parte, la tranquilidad es una cosa inapreciable.

—Este—dijo uno de los contertulios a su compañero—es como los peces: si les sacan del agua, mueren.

—Oh Alá Addín—le dijeron todos—: la gloria de los hijos de los comerciantes está sólo en los viajes, por causa de la ganancia que producen.

Al oír esto, se enfureció Alá Addín y se salió de la habitación en donde estaban los jóvenes, con lágrimas en los ojos, con pena en el corazón; montó en la mula y se dirigió a su casa. Viólo llegar su madre en tal estado de aflicción y le preguntó:

—¿Por qué lloras, hijo mío?

—Los hijos de los comerciantes—contestó el mozo—me han vituperado, diciéndome que la única gloria de los comerciantes consiste en viajar, por la ganancia que los viajes producen en oro y plata.

—Hijo mío, ¿quieres tú viajar acaso?

—Sí—contestó con resolución.

—¿Y a qué comarca deseas encaminarte?

—A la ciudad de Bagdad, porque en ella se gana el doble del precio de la mercancía.

—Tú padre, hijo mío, tiene grandes riquezas; pero si él no te prepara mercaderías con su dinero, yo te las facilitaré con el mío.

—El mejor favor—dijo entonces el mancebo—es el que se hace en seguida; si se ha de ver alguna gentileza, ahora es la ocasión.

Y la madre reunió a los esclavos, los envió a las casas de aquellos que enfardaban las telas, abrió el almacén y le entregó hasta diez cargas de tejidos. Tal era el proceder de la madre.

Su padre, entre tanto, dió una vuelta y, no viendo en el jardín a su hijo, preguntó por él y le dijeron que había montado en su mula y se había ido a su casa. Montó también el padre a caballo apresuradamente y se encaminó a su domicilio. Apenas entró, vió los fardos preparados y preguntó qué significaba todo aquello. Su esposa le informó de lo que había sucedido a Alá Addín con los hijos de los comerciantes. El padre entonces exclamó:

—¡Oh hijo mío! ¡Maldición a los viajes por tierras extrañas! El Profeta de Dios ha dicho: «La mayor felicidad del hombre es que pueda mantenerse y comer en su pueblo», y los antiguos decían: «Evita un viaje aunque sólo sea de una milla». A pesar de todo, hijo mío, ¿tú has decidido viajar? ¿No abandonas tal idea?

—Es necesario que yo vaya a Bagdad—contestó Alá Addín—; si no voy con mercaderías, iré disfrazado con traje de *derviche* y así recorreré los pueblos.

—Yo no tengo necesidad ni escasez, sino, al contrario, muchas riquezas—le dijo el padre, a la vez que le enseñaba todos sus tesoros, sus mercancías, sus telas—; en mis almacenes hay mercaderías y tejidos propios para cualquier parte del mundo—y le mostró hasta cuarenta fardos, cada uno con su rótulo de precio de mil dinares—. Hijo mío—siguió el padre—; toma estos cuarenta fardos y los diez que te ha preparado tu madre y márchate de viaje, con la bendición de Dios (jensalzado sea!). Ahora bien, hijo mío, tengo miedo de tu paso por un bosque llamado Bosque del León, y por un río allí llamado el Río de los Perros, porque en ellos las vidas son sacrificadas sin piedad.

—¿Cómo es esto, padre?

—Por los beduinos que interceptan el camino llamado *Ichlán*.

—Dios es quien da los medios para guardarse de lo malo; si yo tengo algunos, nada desagradable podrá sucederme.

Seguidamente montó a caballo y, en compañía de su padre, se dirigió al zoco de carga. De pronto, un camellero se apodó de su mula, besó las manos del síndico de los comerciantes, diciéndole:

(Continuará en el número próximo.)

VIDA PINOCHISTA

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



Manuel Reyna Morales.
Segundo premio del mes de enero del sorteo mensual de regalos a los suscritores.
15 pesetas en libros.



Juan José Vélez.
Primer premio del mes de enero del sorteo mensual de regalos a los suscritores.
25 pesetas en libros.



Antonio Pellico.
Gran amigo y entusiasta colaborador de PINOCHO.



Felipe Vallhonrat.
Otro simpático y entusiasta amigo de PINOCHO.

EL CLUB DEPORTIVO «PINOCHISTA INFANTIL», DE BARCELONA, AL LEGENDARIO MUÑECO, HONRA MUÑEQUIL, PINOCHO

Vemos con satisfacción cómo en PINOCHO ha ingresado la sección de «Vida Pinochista». Esta Sección hemos pensado que daría cuenta de las vidas de los clubs Pinochistas que, a pesar de todo, viven y vivirán. Hemos pensado también que esta nueva sección será el órgano de todos los pequeños Pinochistas. Por eso nosotros no vacilamos en mostrar a Pinocho que seguimos admirándole y comprando su Revista cada domingo. Nuestro club, querido Pinocho, sigue su marcha triunfal, para honrar con su nombre el tuyo, ligados.

Nuestro club está constituido por niños que la mayoría nos conocemos cuando íbamos al colegio. Ninguno pasa de doce años, ni tampoco baja de nueve.

Este club tiene otras partes, por lo cual está constituido en Sociedad. Tiene partes de Literatura, Fútbol, Hockey, Excursionismo, Ciclismo y Religión, que consiste en hacer caridad, etc. Respecto a la parte de literatura, publica un gran Almanaque cada año de 60 páginas, y ahora tenemos en proyecto fundar o publicar cada quince días una novela semanal. Por Carnaval saldrá el historial, desde el día 28 de septiembre de 1925 al 31 de enero de 1927. Si en ello gustas, joh, insigne héroe, te mandaremos uno, o bien si quieres más para Pirula, Morronguis, Currinche, Don Turulato, etc. (Suponemos que Laura, la cotorra, no sabe leer).

Nosotros jugamos al fútbol, hacemos teatro, cine, etc. Me olvidaba decirte que tenemos una compañía teatral.

El día 2 de octubre de 1926 hicimos una fiesta de aniversario. Nuestra oficina está en la calle Cortes, 561.

Esto es todo lo que teníamos que decirte, querido Pinocho, de la vida de este club, que te ama tanto; ya sabrás en el historial. Se despidió de ti tu afectísimo, que por más que pase no te olvidará, pues le haces pasar horas felices leyendo tu semanario.

ANDRÉS XANDRI SERRANO.

Nuestro buen amigo, el gran Pinochista Ramón López, nos envía la siguiente información, que con mucho gusto publicamos:

EL CLUB «ACERO CHIQUI», DE BILBAO, EN OLAVEAGA

Esta veterana sociedad infantil tiene para la actual temporada varios proyectos, algunos de los cuales damos a continuación.

Comprar un Kodak para sacar fotografías solamente deportivas con objeto de mandarlas a la gran revista PINOCHO. Celebrar los campeonatos sociales de Atletismo (1.ª y 2.ª categoría) igual que en años anteriores. Celebrar el concurso de 15 montes, exclusiva asimismo para los socios y jugadores del Club. Arrendar alguna habitación que nos sirva de Sociedad para nuestras juntas. Y llevar a cabo modificaciones en nuestro pequeño campo de juego, en el que hemos obtenido tantas victorias.

Todas estas cosas las iremos detallando en PINOCHO, como también fotografías de los jugadores que componen el «Acero Chiqui», del campo de juego, de los trofeos, copas y objetos, que hacen un total de 8, para entretenimiento de los lectores de PINOCHO, que son legión, como para conocer la brillante y larga historia deportiva del Club «Acero Chiqui».

Sin más, se despidió su amigo, seguro de que Pinocho le aceptará, RAMÓN LÓPEZ.



Andrés Xandri Serrano.
Capitán y Tesorero del Club Deportivo «Pinochista Infantil», de Barcelona.

A todos los Pinochistas

NINGUNA niña, ningún muchacho, lee una vez PINOCHO sin hacerse amigo nuestro. Aumentar el número de los Pinochistas no es sólo hacer un gran favor a Pinocho y sus regocijantes camaradas: es favorecer vuestro propio interés, ¡y es darle un disgusto a Chapete!

TODOS LOS PINOCHISTAS que quieran ofrecer a amigos o conocidos suyos la posibilidad de admirar los encantos de este semanario inmortal, colosal y sin igual, pueden enviarnos en una simple hoja de papel los nombres y direcciones correspondientes acompañadas de este cupón.

CUPÓN

A PINOCHO Apartado 447 MADRID

Querido amigo: Te envío adjunta una lista de varios nombres y direcciones para que a cada uno de ellos envíes —gratis y sin compromiso alguno para mí ni para los interesados— un número de muestra de tu semanario inmortal, colosal y sin igual.

Te abraza tu amigo
(Firma.)

MI DIRECCIÓN ES:



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Lo que quiero saber hoy es por qué has tardado tanto rato en abrirme la puerta. He llamado veinte veces al timbre y como si nada. Me has desesperado tanto, que no he podido contener el deseo de dar una patada a la puerta.

—¡Ya te he oído, ya! Y gracias al ruido de la patadita he salido a abrirte, porque el timbre no suena desde hace algunos días.

—Pues ya podías arreglarlo o poner un cartelito diciendo que no funciona.

—¿Quieres que lo arreglemos entre los dos?

—No entiendo de eso ni una palabra.

—Pero es que no sabes cómo funciona un timbre eléctrico?

—No.

—Pues te lo explicaré, y luego me ayudas a arreglarlo.

—Me parece perfectamente.

—Pues préstame atención. El timbre eléctrico, como indica su nombre, es un timbre que funciona por medio de la electricidad. Lo primero que hace falta para instalar un timbre eléctrico, es disponer de una corriente eléctrica.

—Como esa que enciende las bombillas, ¿no es eso?

—Exactamente. Una vez que ya disponemos de la corriente eléctrica, necesitamos construir dos aparatos. Uno, que es propiamente llamado timbre; y otro, que es el pulsador.

—¿Y lo podemos construir nosotros?

—Con extraordinaria facilidad. Necesitas una barra de hierro de unos tres centímetros de larga y de un diámetro como el de un lápiz corriente. Alrededor de esta barra enrollas un hilo de alambre fino forrado de seda o de algodón. Lo enrollas del mismo modo que va enrollado el hilo en un carrete.

—¿Y es mucho hilo el que he de enrollar?

—El suficiente para que haya cuatro o cinco capas de vuelta sobre la barra de hierro. Una vez hecho esto, ya tienes construido lo que se llama un electroimán.

—Parecerá un carrete de hilo.

—En realidad son carretes, sólo que tienen el soporte de hierro y el hilo de alambre. Haciendo pasar una corriente eléctrica por el hilo del carrete, observarás que la barra del carrete se convierte en un imán, y tiene, por tanto, la propiedad de la atracción. Esta propiedad cesa en el momento en que la corriente eléctrica deja de pasar por el hilo.

—¿Entonces, electroimán quiere decir imán eléctrico?

—Eso es.

—Lo entiendo perfectamente; pero, dime, ¿de dónde saco yo la corriente eléctrica que me hace falta?

—Eso es bien sencillo. Por muy poco dinero te compras una pequeña pila eléctrica y ya tienes un manantial de corriente.

—Conforme; ¿y qué he de hacer con esa pila eléctrica?

—Todas las pilas tienen dos dispositivos que se llaman reóforos. De éstos, uno corresponde a la corriente positiva y el otro a la negativa. A uno de estos reóforos tienes que unir uno de los extremos del hilo que has enrollado en el carrete y el otro extremo de dicho

hilo irá unido al otro reóforo; pero antes de hacer esta unión has de tener cuidado en intercalar en cualquiera de los hilos que van a los reóforos el aparatito que se llama pulsador. Este pulsador es simplemente un interruptor de la corriente, y sirve, como fácilmente comprenderás, para hacer pasar la corriente por los carretes cuando convenga que la barra de hierro se imante. Es igual que las llaves que se emplean para encender las luces. Cuando la llave está abierta, pasa la corriente y la luz se enciende, y cuando la llave está cerrada no pasa la corriente porque el hilo está interrumpido y la luz entonces estará apagada.

—Comprendido. Lo que no sé es por qué suena el timbre.

—Ahora vamos a completar el electroimán. Si a muy poca distancia de la barra de hierro que está en el carrete colocas otra barra también de hierro, ésta será atraída por aquella cada vez que la corriente pase por el carrete; de modo, que si al extremo de la barra que es atraída colocas un alambre que termine en una bolita y junto a esta bolita pones una campana, verás que la bolita dará un golpe en la campana cuando la barra de hierro sea atraída hacia el carrete.

—¿Un golpe nada más?

—Uno nada más.

—Pues en el repiqueteo de los timbres hay muchos golpes seguidos.

—Esto se consigue por medio de un muellecito que con muy poca fuerza hace separar de la barra del carrete la barra del alambre que tiene

la bolita. Este muellecito es el que hay que colocar con más cuidado, porque de su exactitud depende el buen funcionamiento del timbre.

—Dime, pues, qué he de hacer para que funcione bien.

—Pues este muelle has de montarlo de forma que sea también un interruptor. Es decir, que cuando el electroimán atraiga a la barra que golpea la campana, el muelle ha de separarse del hilo que conduce la corriente. En este instante cesará la atracción del electroimán porque no pasará la corriente por él y el muelle volverá a su posición normal, estableciendo otra vez contacto con el hilo conductor y haciendo, por tanto, que el electroimán vuelva a atraer, y así sucesivamente. Y como esta atracción y esta separación son rapidísimas, se efectúa ese repiqueteo de que tú hablabas.

—Un poquito difícil me parece acertar la exacta colocación del muelle.

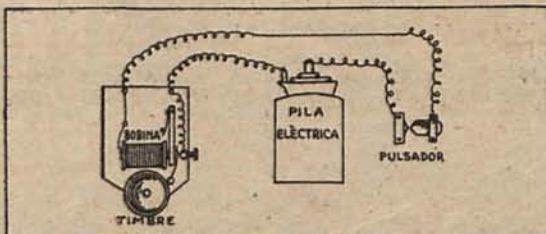
—No lo creas, todo es cuestión de paciencia. Puedes también graduar la distancia de este muelle al hilo conductor por medio de un tornillo, y así, atornillando o destornillando, harás que el muelle se acerque o se aleje.

—Me voy, pues, ahora mismo a ver si compro el material para hacerme un timbre.

—¿Pero no ibas a ayudarme a arreglar el mío?

—Ya te ayudaré otro día, querido buho. Hoy la impaciencia por ponerme a trabajar me hace ir muy de prisa.

—Pues anda con Dios, amigo Chonón, y a ver si me enseñas el timbre así que lo tengas hecho.



DE LA COLECCIÓN

CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES

TERCERA SERIE



Precio 2 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.


Papel Pinochista
para cartas
con los retratos de Pinocho, Pirula,
Morronguis, Don Furulato, Curinche
y Chapete.

Es el que debe usar para escribir
todo Pinochista
Cada carpeta con seis pliegos y seis
sobres 0,65 pts. Cinco carpetas 3 pts.
Se vende en las buenas papelerías y en
Editorial «Saturnino Calleja»
P. A. Calle de Valencia 28.
Madrid

VALE por una rebaja
del 25 por ciento a favor
de mi amigo y suscriptor
Don

Pinocho

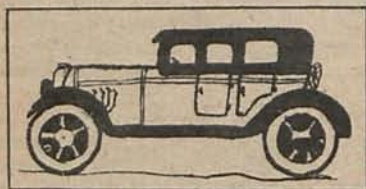
Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escribese aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

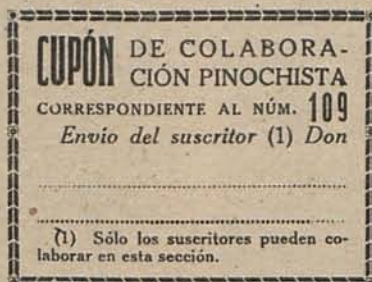
Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Un auto de mi papá.
RAIMUNDO P. DE GRACIA
9 años.



Pirula.
LUISA BLANQUE,
10 años.



Pinocho.
A. COSPEDAL.



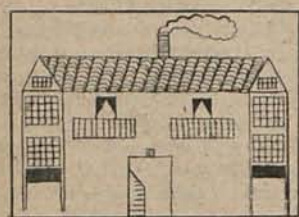
Mi caballo.
ANTONIO R. MARIBONA
13 años.



Un clérigo.
PACO BLANQUE
7 años.



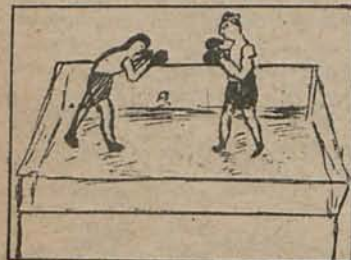
Retrato.
NICOLÁS MR. NÉNDEZ.



Casa de Colón.
JUANITA MUÑOZ, 12 años.



Mi finca antes del ciclón.
MARÍA AURORA CAMPO, 5 años.



Boxeadores.
MANUEL MARÍA CLAVEL, 11 años.

Juanito y Teresita.

Pues señor... En un bosque frondosísimo vivía una familia muy pobre, compuesta del padre, la madre y dos niños, llamados Juanito y Teresita. Un día fueron enviados por sus padres al bosque a coger fresas, de las cuales había muchas en la estación en que estaban; pero los niños se alejaron de la casa más de lo debido, y vino la noche sin que encontraran el camino de su choza, por causa de una espesísima niebla que les impedía ver lo que había a su alrededor. Entonces fueron andando a tientas por un camino que les pareció que era el que conducía a su casa. Vino la mañana y se encontraron ante una casa de turron. Como tenían hambre, empezaron a comer una esquina; pero apareció en una ventana una vieja que dijo: «Ratita, ratita, ¿por qué roes mi casita?»; los niños la contaron lo que les había sucedido, y la vieja les invitó a que entraran en la casa; una vez en ella, les dio muchos dulces y golosinas.

Siete días han pasado; no conocemos a Juanito porque se ha puesto horriblemente grueso; pero... horrible suerte le espera: la vieja, que resultó ser una bruja, ha adoptado a su hermanita como criada, y a Juanito le está engordando para... para... (terrible es decirlo), para comérselo. Llegó el día fatal; la bruja se va a avisar a otra bruja amiga suya, y deja encargada a Teresita que deshude a su hermano y le eche en una artesa, para cuando viniera comérselo; pero Teresita va corriendo, abre a su hermano, le enseña toda la casa y, dándose cuenta de que pronto van a venir las dos brujas, quiere escapar con Juanito. Busca en vano la llave de la puerta, se desespera; mas se acuerda del talismán de la bruja, pero el cuarto en que ésta lo tiene está cerrado con cuatro llaves. Entonces Teresita dice a su hermano: «Como el cuarto, así como toda la casa, es de turron, vamos a comer en su pared para hacer un agujero; sacaremos el talismán (que era una cestita de oro) y marcharemos».

Ya están corriendo por el bosque con la cestita de oro. Y van contentos porque, además, llevan un sinnúmero de riquezas; pero de pronto ven a la bruja, que regresa con la otra bruja; ellas también los ven y corren detrás de ellos; entonces los niños dijeron a la cesta de oro: «Cestita, haz que entre las brujas y nosotros aparezca un río»; así pasó, y ahora los dos hermanitos viven con sus padres en un gran palacio, rodeados de riquezas, y colorín colorado, este cuento ha terminado.

RAFAEL BUENO

Cuento.

Había una vez un caballero que todos los días iba a cazar con una gran cantidad de perros. Uno de éstos era su preferido, por ser muy bueno. Este se llamaba Boti. Un día, al salir de casa, vio que faltaba Boti. Después de mucho buscarlo, viendo que no aparecía, se fue sin él. Al venir para su casa, vio a Boti que venía con toda la boca ensangrentada, y como el caballero no sabía por qué venía así, siguió las huellas de la sangre, que iban por un profundo bosque; al llegar a la orilla del río vio las ropas de Guillermo, su sobrino, de cuatro años, todas ensangrentadas, y creyendo lo había matado, el caballero, en un arrebato de furia, sacó su espada y la clavó en el corazón de Boti; éste dio un aullido de dolor, junto con una mirada de amor a su querido dueño. Muerto ya Boti, el caballero oyó el quejido de una criatura al despertar, y miró y vio con sorpresa a Guillermo, su sobrino, que se había quedado en la hierba y se acababa de despertar. Al lado de Guillermo había un tremendo cuerpo de un lobo muerto. Lo que nos da a entender que el lobo había querido comer a Guillermo, y el buen Boti, para salvar al niño, luchó y consiguió matar a la fiera.

LOLITA RODRÍGUEZ BAUZÁ.

Cuentos.

Don Polisto encuentra un par de guantes en la calle y los lleva a la comisaría.
—Merece una felicitación lo que usted ha hecho —le dice el comisario—. En su lugar, muchos se hubieran quedado con los guantes.
—Tiene usted razón; pero... no me venían, me estaban pequeños.

Excusa a prueba.—Un soldado, harto de las fatigas de la guerra, quiere que lo manden a su casa, y para conseguirlo dice al médico del regimiento que sirve indebidamente, pues es corto de vista.

—Muy bien —le dice el médico—, pruébeme ese defecto.

El soldado, sin vacilar, dice:

—¿Ve usted aquel clavo en la pared de enfrente?

—Sí.

—Pues yo no lo veo.

M. GARAY.

El país del invento.

En un país muy grande, muy grande, donde todos eran listísimos, había mandado poner el Rey, a la entrada de la carretera, una pareja de guardias, con el fin de que le llevaran a su presencia todo el que por allí pasase.

Acertó a pasar por allí un joven muy simpático, y le llevaron ante el Rey.

Al verle éste le dijo:

—¿Quién eres tú, muchacho?

—El hombre listo —le contestó.

El Rey le dijo:

—Si no nos haces una obra maravillosa, morirás; te doy quince días de tiempo.

Pasaron cinco días, y diez también, y no había empezado la tarea; cuando llegó el día señalado, entró el Rey y le dijo:

—¿Has hecho cuanto prometiste?

—Ya he terminado. Para que lo veas necesito que vayamos a una plaza.

Así lo hicieron, y al llegar ya estaba llena de gente; todos decían:

—¡Pronto veremos rodar la cabeza de este joven!

Vieron de pronto un gran palacio, tan hermoso cual nunca se había visto; dijo el Rey:

—¿Quién ha hecho esto?

Nadie contestó; su sorpresa fué grande al ver salir del palacio al mismo que había sacado del encierro. Todos aplaudieron sin cesar; dijo el Rey:

—¿Cómo has hecho esto? ¿Cómo te llamas?

—No os extrañe. Soy el rey de los niños, el Pinocho.

Y todos, locos de alegría, empezaron a aplaudir, y creo que todavía estarán aplaudiendo.

CARMENCITA H.

Cuento.

En remotos tiempos, cuando desear era lo mismo que poseer, hubo un rey cuyas hijas eran todas hermosísimas; pero la pequeña era tanto, que hasta el mismo sol la admiraba. Cerca del palacio real había un pozo rodeado de árboles sombríos, donde la niña solía ir a jugar con una bolita de oro. Sucedió una vez que la bolita fué a caer al pozo. Entonces se echó a llorar la princesita al ver la pérdida de su juguete favorito, y como así se quejara, oyó una voz que le dijo:

—¿Qué tienes princesita, qué tienes para llorar así?

Miró al pozo la princesa y vio una rana horrorosa por encima del agua.

—Se me ha caído mi bolita al pozo —dijo la princesa toda asustada.

—¡Calla y no llores —dijo la rana—; te cogeré la bola, pero a cambio de que me lleves a tu palacio y me cuides como a una hermana.

—¡Ay, sí! —contestó ella—. Si me traes la bolita te prometo concederte todo eso.

Una vez hubo obtenido la promesa, la rana se zambulló en el agua, y al poco rato volvió con la bolita. La princesa, agradecida, la cogió y acarició a la rana sin asco. La llevó a su palacio, y allí la cuidó amorosamente. Mas al cabo de tres meses y tres días, la rana se transformó en un apuesto príncipe, que dijo a la princesa:

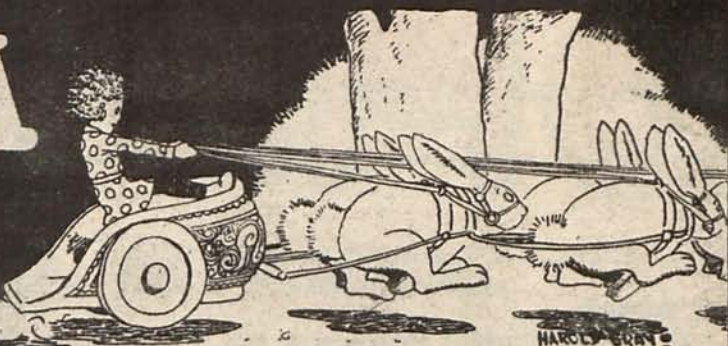
—Tu caridad para conmigo me ha salvado. Yo soy rey de un poderoso reino; pero una bruja envidiosa me transformó en rana, a condición que dentro de tres meses y tres días de estar al lado de una princesa volvería a mi forma primitiva.

Al día siguiente partieron los dos para el reino del príncipe en una carroza tirada por ocho caballos blancos como la nieve. Luego que llegaron se casaron, y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

PEPITA ELICEGUI.

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GRYTE

OYE, PADRINITO. YO ME PARECE QUISIERA CONVIDAR A UNA IDEA COMERA TODOS MIS AN- EXCE- TIGUOS AMIGUI- LENTE- TOS PARA CELE- BRAR MI RESTA- BLECIMIENTO. ¿ME DEJAS IR A BUSCAR- LOS?



¡A LOS BA- RRIOS BAJOS Y DEPRISA!



¡EH! ¡ANTO- NITO!



¡ANITA!

¡ANDA! ¡SUBE AL AUTO, QUETE CONVIDO A COMER EN MI CASA!



¿PERO NO DIRA NADA TU PA- DRINO, SI VE EN SU CASA A UN INFELIZ COMO YO!

TU NO CONO- CES A MI PA- DRINO. ¡ES TAN BUENO!



¡VAMOS, MUCHA- CHAS Y MUCHA- CHOS, ARRIBA TODOS!



¡VAMOS! QUE HAY PRISA CORRE!

¡EH! MI PEQUEÑO AMIGO. ¡VENGA USTED AQUI!



¡AH! VA! ¡VAYA UNA CASA

¡PUES ES- TO NO ES NADA COM- PARADO CON EL PALACIO QUE MI PA- DRINO TIENE EN EL CAMPO!



¡VAMOS, MU- CHACHOS, VE- NID DETRAS DE MI!

¡VENGA, DAOS PRI- SA!



¡A VER SI TRAE USTED UN LIBRO GORDO PARA QUE LUISIN LLEGUE A LA MESA Y PUEDA COMER!



¡MIRA LOS GO- LOSINES CON QUE GUSTO COMEN!

¡NO SABE LO QUE ME ALEGRA QUE LA SE- ñORITA ANITA SEA TAN DEMOCRATA! ¡SE VE QUE ES UNA SE- ñORITA DE VERDAD!



¿POR QUÉ DICES ESO?

PORQUE NO SE PRIVA DE ALTERNAR CON TO- DAS SUS AMISTADES AUNQUE SEAN MUY HU- MILDES Y LE GUSTA QUEDAR BIEN CON TODO EL MUNDO!



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Amingo Tribune



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

Ayuntamiento de Madrid

ASI EMPIEZA PINOCHO EN JAUJA

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE, que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo.)

I

¿DÓNDE ESTÁ JAUJA?—PINOCHO EN CAMINO.—LOS CONSEJOS DEL VIEJECITO.



Pinocho le chocaba mucho todo lo que oía decir de Jauja. Un país donde, según es fama, atan los perros con longaniza tenía que ser extraordinario, y, naturalmente, Pinocho decidió visitarle.

Pero, ¿dónde estaba Jauja?

Pinocho se lo preguntaba a todo el mundo, pero nadie le daba razón. Y, sin embargo, nuestro muñeco no desistía de su propósito. ¡Bueno era él cuando se le metía una cosa en la cabeza! Empezó a revolver bibliotecas y a consultar mapas, hasta que al fin averiguó que Jauja debía estar en el camino de Mesopotamia, según se va, a mano derecha.

Y encantado con su hallazgo, se puso en camino, provisto de una respetable merienda.

Siete días y siete noches llevaba andando, cuando una tarde, cerca de un bosque, se encontró con un viejecito que tenía una barba muy blanca. Pinocho se acercó a él y le dijo así:

—Buenas tardes, señor. ¿Sería usted tan amable que me dijese si voy bien para Jauja?

El viejecito, después de mirarle fijamente, le contestó:

—¿Y qué vas a buscar en Jauja, hijo mío?

—¡Toma! —exclamó Pinocho—. En primer lugar, ver un país del que se cuentan tantas maravillas, y, sobre todo, ver la manera de hacerme con una fortuna sin que me cueste trabajo.

—¿Y tú no sabes, muñeco, que la fortuna que se consigue sin trabajo no es buena ni aprovecha?

—Mire usted —dijo Pinocho un poco amoscado—, yo le pregunto si sabe dónde está Jauja, pero no le pido consejos.

—Y yo te digo que te engañas si crees que en Jauja vas a encontrar la felicidad. Vuélvete, hijo mío; estudia, trabaja, y entonces, cuando lo merezcas, podrás ir a Jauja tranquilamente.

—Bueno, bueno; ya veo que debe de ser usted algún maestro de escuela. Buenas tardes.

Y Pinocho, sin hacer más caso del viejecito que del grillo parlante, siguió su camino.

II

LLEGADA A JAUJA.—¡VAYA UN PAÍS!



O tardó mucho en descubrir una ciudad. A Pinocho le dió un vuelco el corazón. Aquello debía de ser Jauja. Apresuró el paso, y al poco tiempo llegaba a las puertas de la ciudad donde todo el mundo es feliz. Lo primero que vió fué una hermosísima huerta con una infinidad de árboles cargados de manzanas, peras, melocotones, albaricoques, naranjas...

A Pinocho se le hacía la boca agua.

La huerta estaba rodeada por una tapia; pero, de trecho en trecho, había colocadas unas escaleras de mano para el que quisiera subir. Pinocho subió por la que tenía más próxima. Una agradable sorpresa le esperaba: los árboles daban la fruta ya pelada y sin hueso.

—¡Qué felicidad! —exclamó lleno de gozo nuestro muñeco, mientras trepaba por uno de los árboles.

Un pájaro que tranquilamente estaba en otro árbol vecino dió un vuelo y vino a posarse en una rama cerca de Pinocho; y mientras éste devoraba peras, manzanas, albaricoques y naranjas, empezó a silbar unas deliciosas melodías, sin duda con la amable intención de que nuestro héroe comiese, como los reyes, con música. Era un canario flauta.

El atracón que se dió Pinocho fué morrocotudo.

Tanto y tanto comió, que empezó a hinchársele la barriga.

—¡Dios mío! —exclamó asustado—. He abusado demasiado y me va a dar un cólico. ¡Ay de mí!

—¿Quién se queja aquí, donde no se queja nadie? —preguntó una voz extraña.

Y al punto apareció un mono con sombrero de copa y paraguas.

—Soy yo, señor mono, que he comido tanta fruta que estoy viendo que me va a dar un cólico.

—¡Tú estás loco! —dijo el mono—. En Jauja no se pone nadie enfermo, haga lo que haga y coma lo que coma.

—¡Qué gusto! Y diga usted, señor mono, ya que es usted tan amable, ¿me podría usted indicar un hotel donde pudiese hospedarme? Porque soy forastero.

—Ahora están los hoteles llenos; como estamos en fiestas, porque ponen de largo a la princesa Caralinda, ha venido mucha gente. Pero yo tengo un cuñado que tiene casa de huéspedes, y, si quieres te recomendara.

—Con mucho gusto.

Entonces el mono sacó una tarjeta, escribió unas líneas de recomendación y se la entregó a Pinocho, dándole las señas. Después de esto, se despidieron muy cortésmente, y nuestro muñeco se internó en la ciudad. Cuanto veía le dejaba estupefacto. En primer lugar, no hacía frío ni calor. Las fuentes públicas echaban agua de limón, gaseosa y refrescos de todas clases. Junto a las fuentes había grandes bandejas con jamón en dulce y bocadillos de ternera. Los guardias de orden público eran amables y repartían bombones y caramelos a los transeúntes. Las aceras estaban alfombradas, lo que resultaba comodísimo al andar. En los paseos había, en vez de bancos de madera, cómodas mecedoras y blandas butacas. No había fonógrafos.

Pinocho, embelesado con tantas maravillas, tropezaba con los transeúntes y les daba pisotones; pero ellos, lejos de incomodarse, le decían con mucha amabilidad:

—Usted dispense.

Una de las cosas que más chocaron a nuestro muñeco fué el ver que en Jauja los animales desempeñaban un gran número de oficios. Los continentales estaban servidos por galgos. A los elefantes los empleaban como máquinas apisonadoras. Las serpientes se utilizaban como mangas de riego. Los canguros servían como papeleras públicas: los papeles se depositaban en sus bolsas. Las jirafas hacían el oficio de faroleros. En vez de los feos coches de alquiler que hay en las demás ciudades, en Jauja había unas preciosas cigüeñas que transportaban a los viajeros sobre sus lomos de blanca pluma, lo cual resultaba muy decorativo.

Todo estaba perfectamente organizado. Una vez que Pinocho tropezó y cayó de bruces, colocaron inmediatamente una almohada de plumas debajo de sus narices, y así no se hizo el menor daño. En Jauja todo estaba previsto.

III

RECEPCIÓN EN PALACIO.—PINOCHO, BAILARÍN.



QUELLA noche se celebraba un baile de trajes en el palacio real.

La princesa Caralinda acababa de cumplir quince años, y con motivo de ponerla de largo, sus padres, los reyes, habían organizado una serie de festejos.

Pinocho, que se había instalado magníficamente en la casa de huéspedes donde le había recomendado el mono, daba vueltas por su habitación, pensando en la manera de asistir al baile. La dificultad consistía en que no tenía ropa adecuada.

Pero, a fuerza de pensar, acabó por discutir un traje despanpanante. Con un embudo que pidió prestado en la cocina, y las plumas de un plumero usado, se construyó un casco admirable. Con la tela de una sombrilla vieja se hizo una airosa capa, y con un bastón sin puño se fabricó una espada que metía miedo. Con estos elementos y su gallardía natural, Pinocho resultaba un caballero de la Edad Media como se ven pocos. Estaba elegantísimo.

Así vestido, salió a la calle, tomó una cigüeña de punto, y en un minuto llegó al palacio real.

¡Señores, qué palacio!

Era inmenso; como ochenta veces el palacio real de Madrid. Estaba construido con enormes diamantes tallados en forma de sillares. Las columnas eran de esmeralda. Las puertas eran de oro cincelado, y la cúpula central estaba formada por una perla cortada por la mitad. ¡Casi nada!

Por dentro aún era más sorprendente.

Las escaleras estaban construidas de un modo tan ingenioso, que nunca había que subirlas, sino bajarlas. Los cristales de los balcones eran de aumento, con lo que se conseguía ver el paisaje a distancias fabulosas.

Los correctísimos criados eran reyes destronados de otros países.

En el salón donde se celebraba el baile se hallaba reunida toda la aristocracia de Jauja. El rey y la reina presidían la fiesta. La princesita Caralinda resplandecía de hermosura; era la más bella princesa que haya reinado en los cuentos.

Cuando la fiesta estaba en su apogeo, se oyó una voz maravillosa que anunciaba:

—El señor Pinocho, caballero español.

(Hay que advertir que para anunciar a los invitados habían contratado a Titta Rufo.)

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO EN JAUJA y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.